

Testimonio ZAPOPANO

Julia
Orozco
García

Platica con...
Ana María de la O Castellanos



QJ
EL COLEGIO DE
JALISCO



H. Ayuntamiento
de Zapopan

Testimonio zapopano

Testimonio zapopano

JULIA OROZCO GARCÍA

platica con
Ana María de la O Castellanos



H. Ayuntamiento de Zapopan

Asociados numerarios de El Colegio de Jalisco

Gobierno del Estado de Jalisco
Universidad de Guadalajara
Instituto Nacional de Antropología e Historia
El Colegio de México, A.C.
Concejo Municipal de Guadalajara
El Colegio de Michoacán, A.C.

© D.R. El Colegio de Jalisco
5 de Mayo 321
45100 Zapopan, Jalisco

H. Ayuntamiento de Zapopan
Hidalgo 125
45100 Zapopan, Jalisco

Primera edición, 1994
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico
ISBN 968-6142-43-6

Cuidado de la edición: Ma. Amparo Ramírez

Índice

Presentación	9
I. Soy del siglo pasado y nací en Zapopan	11
II. Zapopan estaba lleno de puros Orozco	15
III. El pueblo estaba muy chiquito	17
IV. Había un edificio que le decían El Profundo	23
V. Unas cuantas calles eran las principales	25
VI. Antes para el transporte de algo habían puras carretas	29
VII. La Presidencia estaba en los portales	33
VIII. Al principio en Zapopan no había colegios o escuelas	35
IX. Mi mamá me empezó a ayudar a hacer los vestiditos	39
X. Teníamos un kiosco muy bonito	45
XI. Mi tía Eva Briseño Orozco era la que recetaba	49
XII. Los temblores fueron en 1912	51
XIII. Cuando la Revolución, ya no hubo ni escuelas	53
XIV. Al principio en la Basílica no había ni catecismo	55
XV. Los padres franciscanos organizaron la Tercera Orden	59
Epílogo	63
Índice onomástico-geográfico	65



Presentación

En la búsqueda de esas voces que nos permiten recuperar nuestro pasado zapopano hemos llegado hasta Julia Orozco García, quien nació a finales del siglo XIX, pertenece a la generación de la “Orozcada” y a través de su charla nos revela el carácter, sensibilidad, valores y los espacios que ocupó la mujer en Zapopan durante las primeras décadas de este siglo XX.

Con una voz pausada pero aún fuerte, nos va hilando los recuerdos de su familia, de sus conocidos y de su pueblo. En Julia Orozco las remembranzas no se sienten tan lejanas, no distingue muy bien a lo largo de sus noventa y cinco años el ayer o el antier...

Apenas hace dos años que salió de su Zapopan, para irse a vivir a Guadalajara, y por ello nuestro encuentro se volvió aún más lleno de nostalgia. Añora su pueblo en más de un sentido.

A lo largo de sus evocaciones¹ nos transmite una historia, en donde la descripción se acompaña de la risa o el sobresalto. A través de sus anteojos en ocasiones descubrimos el brillo de las lágrimas que asoman al traer a colación algún suceso memorable.

¹ En El Colegio de Jalisco quedan a resguardo las cintas magnetofónicas, así como la transcripción de lo contenido en las mismas. Las entrevistas se realizaron el 5 de octubre y 10 de noviembre de 1993.

Destaca los lazos de parentesco que existían entre la mayoría de los zapopanos, y que ella reconoce como una sola familia. Nos abre el espacio de lo cotidiano, de lo privado, de lo familiar, con lo que nos revive paso a paso el Zapopan de ayer.

Ana María de la O Castellanos
Zapopan, Jalisco, agosto de 1994



I

SOY DEL SIGLO PASADO Y NACÍ EN ZAPOPAN el 10 de septiembre de 1898 a las seis de la tarde; ese mismo día me bautizaron a las ocho de la noche, así es que, no duré ni en el pecado original, luego luego me sacaron. Mis padrinos fueron María del Refugio Briseño, hermana de mi tía Eva Briseño, mi padrino, ya hasta se me olvidó, pero también éramos parientes.

Fuimos siete hermanos, yo tengo el segundo número. Mi papá se llamaba Antonio Orozco Morales y mi mamá María del Refugio García Orozco. Me tocó cuidar a mis hermanitos, porque yo era la que le ayudaba a mi mamá. A Anita, mi hermana la mayor, no le gustaban los niños, a mí sí y me seguían mucho los niños. Por cierto, nunca les pegué, porque no me dieron lugar.

Nací en la casa de mi abuelito, porque mi mamá asistía a su papá, a dos hermanos de mi abuelito, tres hermanos de ella y a mi papá. Tenía muchos hombres a quien asistir porque había muerto mi abuelita, y los demás ya todos se habían casado. Mi mamá era la mayor, todos la seguían a ella.

Mi abuelito era originario del rumbo de San Ignacio Cerro Gordo. Mi papá, Antonio Orozco Morales, nació en Zapopan. Porque murió muy pronto mi abuelito, y mi abuelita quedó viuda, ella se casó creo de quince años, así es de que nomás había nacido

mi papá y ya su mamá estaba esperando al segundo, a mi tío Teodoro. Habían bautizado a mi papá, una hermana de mi abuelita y el esposo, mi tío Silvestre, que recogieron a mi abuelita, porque quedó viuda muy jovencita, creo que a los diecisiete años ya estaba viuda. Así es que mi papá ahí se crió con los abuelitos hasta que ya pudo trabajar, entonces se fue para el rumbo de San Ignacio Cerro Gordo a recoger lo que había dejado su papá.

Mi abuelito Francisco García murió de 88 años, muy macicito, levantaba bien sus pies, toda la hora de la misa duraba de rodillas, porque antes no se paraba uno, se sentaba un ratito nomás después del Evangelio, pero casi siempre estaba uno de rodillas. Ahora no, todo el tiempo lo pasa uno parada y todavía así se cansa; hasta lo de la Iglesia ha cambiado también, haciéndole todo más fácil a la gente, y ni así va. No, ni sombra de lo que fue antes, ahora ya nada, nada se ve.

Mi papá trabajó primero allá en el rancho, en el campo, ya cuando estuvo en Zapopan fue el tesorero municipal por diecinueve años, hasta que se enfermó, se paralizó y ya no pudo trabajar. Todo ese tiempo estuvo en Zapopan. Después, cuando la Revolución, nos fuimos a Guadalajara, duramos varios años, porque como no había garantías... estábamos jovencitas y mi papá nos llevó a vivir allá. Él iba de Guadalajara a Zapopan a trabajar, porque estuvo diecinueve años de tesorero y todavía después no querían que se saliera, pero mi papá ya no trabajó, porque estaba paralizadito: le dio un derrame cerebral y no lo dejamos trabajar.

Así es que nos llevó a Guadalajara y allá estuvimos una temporada larga. También allá vivían las Fernández, por la calle de Garibaldi y nosotros vivíamos por Pino Suárez; estábamos en la contra esquina del mercado Alcalde. En las noches iba diario, diario a inyectar a Adolfo, porque yo era la que los inyectaba, el doctor Roberto Orozco me enseñó a inyectar.

Antes, cuando mi papá vivía, yo no salía por no dejarlos, ya que mi papá murió, sí empecé a salir, pero yo nunca, nunca, salía a ningún lado, por no dejarlos un ratito solos. ¡Ay!, pero tantas

cosas que pasan, y tantas cosas que me tocó ver de muchas personas. Y luego uno lleno de curiosidad preguntaba: —Papá, ¿cómo son los títeres? Nos llevaba a ver los títeres. Papá ¿cómo es esto? Nos llevaba. Una vez nos llevó para que no anduviéramos preguntando y siquiera supiéramos de qué se trataba. ¿Cómo es la ópera, papá? ¿Y cómo es el teatro? nos llevaba, si hasta eso, mi papá nos cumplía todos nuestros gustos, fue un hombre completo, de veras cabal, pendiente de que nada nos faltara, y gracias a Dios nunca nos faltó nada, ni teníamos necesidad de hacer aluces. No era rico, pero tampoco era vicioso, fumar era su único vicio, porque tampoco era viejito tosijoso, no, no estaba enfermo de los bronquios, ni nada, él hacía su cigarrito de hoja y era lo que fumaba. Para la hoja que fumaba, pelaba la mazorca, él cortaba sus hojitas. Tenía sus tijeras, su cajita de cartón con su tabaco, hacía sus cigarritos y se los fumaba; pero eran uno tras otro, uno tras otro, y no se apagaba el cigarro, fumaba muchísimo y no estaba tosijoso, bueno, pues es que ellos mismos también se cuidaban. Mi papá no fue vicioso, nunca te probaba el vino.

Mi mamá asistía a mi abuelito, porque se casó mi tía Concha que era la única mujer, a un hermano que estaba sin casar, que era mi tío Miguel, a mi tío Vence y luego dos hermanos de mi abuelito. Se llamaba José María uno que estaba cieguito. Eran cinco hombres los que asistía; luego asistió también a mi papá y a la bola de chiquillos que tenía, y nomás tenía una sirvienta. Pero entonces las sirvientas eran muy hábiles, de veras ayudaban muchísimo. Desde temprano empezaba la sirvienta a barrer la calle, eran muy serviciales, y también hacían mucho quehacer. Nosotros teníamos a un Marcos, después que mi papá ya nos dejaba salir más y toda la bola de muchachas nos convidaban, ¡Vamos al Colomo a bañarnos! Nos citábamos en la mañana: —Marcos, le decíamos en la casa, ¿nos llevas de almorzar? —Sí niña, así le decían a uno, sí niña, sí le llevo de almorzar. Pues...

Ahora yo no estoy muy gastada porque yo nunca trabajé ajeno, no, ni mis hermanas habían trabajado; ya cuando mi papá se

paralizó empezaron a trabajar, ¡pero mi papá se avergonzaba de que mis hermanas trabajaran! Ignacio mi hermano, que entonces tenía como dieciséis o diecisiete años, empezó a trabajar con Carlos Herick y se avergonzaba de que ellas trabajaran. ¡Cómo! María de Jesús, la más chica, fue la que empezó a trabajar ahí con Adolfo Orozco. Era el esposo de María Luisa Fernández, él se encargaba de una fábrica de medias que tenían los señores Guízar Valencia en Guadalajara. Mi hermana ahí empezó, con los mismos de la familia.



II

ZAPOPAN ESTABA LLENO DE PUROS OROZCO, porque de allá era la familia de mi tía Libradita, la monjita. Carlos, Gabriel, toda la generación de los Orozco era de Zapopan. ¡Ah mira!, la calle 16 de Septiembre, antes se llamaba la calle de los Orozco, porque ahí vivía el doctor Gabriel, el doctor Miguel, puros hermanos, fueron diez hombres, puros Orozco. Casi todos vivían por esta calle. Rafael, en la ochavadita, ahora está enfrente de la farmacia. Carlos, a media cuadra; Jesús, en la esquina, que ahora es 16 de Septiembre. En la otra vivía Gabriel. No, pues toda la orozcada vivía en Zapopan. Así es que por eso le pusieron la calle de los Orozco. También en esa cuadra estaba la botica de mi tía Eva Briseño.

En el Hospital Civil de Guadalajara, en la sala de maternidad, está un retrato de tres cuartos del doctor Roberto Orozco. Está tan natural que nada más le hace falta hablar. Roberto era Orozco y Orozco, su mamá era mi tía Regina, hermana de mi abuelita, y luego se había casado con otro Orozco, así es que ellos eran Orozco y Orozco. El papá se llamaba Jesús Longinos Orozco, de esa familia también fueron muchísimos y puros Orozco, también hay muchos Orozco y Orozco.

Los que tenían ranchito, como era Carlos Orozco, se dedicaban a ir a ver a sus empleados, estar al pendiente, estar ordenan-

do. El Vigía era de Carlos, El Vergel era de Miguel Ángel y Los Belenes, no, pues esos eran de diez hermanos Orozco. Estaba Gabriel grande que era el doctor, éste otro, Gabriel chico, le decíamos Gabrielón, una espigota grandotota, porque después el muchacho éste estudió y fue director de San Camilo, que es un sanatorio para dementes.

También Cuca Venegas, la esposa de Gonzalo Orozco, era una delgadita delgadita, que vivía en una esquina. Teníamos parentesco por lo Venegas, porque con las Velarde dizque también teníamos parentesco, porque un día le dije a Carlos Orozco: —solamente de las Velarde no tengo parentesco. —¿Y quién te dijo?, somos parientes por lo Venegas. Entonces todas las familias, estaban emparentadas. Todos, por un lado o por otro. Por los Orozco, por lo Venegas... Morales, García, Fernández, bueno, toda la revoltura, todos vienen a salir de la misma gente, todos, se puede decir eran una sola familia.



III

EL PUEBLO ESTABA MUY CHIQUITO pues eran dos cuadras y media; no había más, las casas estaban distribuidas así, en las orillas vivía la gente más pobre. Para La Huaracha, casi todo ese terreno era de un señor que se llamaba Gorgonio Delgado, un señor chaparrito, que también era el dueño de todo lo del río.

En el pueblo, nomás a la cuadra y media de la casa por la calle de Pino Suárez, era la orilla, ¡ya era el ranchito de Briseño! Ya para allá era puro campo, sembraban todo aquello. ¿Para La Tuza-nía?, también, como unas cuatro cuadras para el lado del poniente, era todo el pueblo; así es de que uno sabía el domicilio de cada quien de memoria; aunque tenían nombre las calles, no las nombra-ba uno por su nombre. Preguntaban por ahí por equis gente: ¿qué dónde está la calle ...? Y mejor contestaba uno: ¿Cómo se llama la persona que busca? Fulana de tal. Vive en tal parte. Daba las señas uno, porque sabía dónde estaba, todo estaba cerquita. Pero sí tenían nombre. Como la calle de la casa tuvo el nombre de Romero, luego Tepeyac; tuvo también otro nombre, y últimamente Pino Suárez. Y hasta La Curva, ahí de la familia, es Pino Suárez. Para el lado de la orilla, y para el otro lado, ahora es Eva Briseño; hacia el lado de la Basílica, ¡uh! nomás a la calle de Mina.

Todo lo de La Campana, toditita la parte de Los Colomos

era de don Gorgonio, este señor era muy rico, de los nativos del pueblo, un viejito chaparrito, prietito, papá de Marina Delgado, que era de las del coro de la Basílica. Ese señor era dueño de toda la manzana siguiente, de la manzana de la casa, esto rumbo a La Huaracha, también tenía mucha parte del pueblo.

Y en tiempo de aguas mucha gente iba a pasar "las temporadas" a Zapopan. Mucha gente de Guadalajara, unos ya tenían casa propia, llegaban a sus casas, otros no, a rentar casas. Pero las casas más caras que había en Zapopan eran de ocho o diez pesos de renta. Sí, casi eran regaladas y casas grandísimas, porque las de la primera cuadra, casi todas tenían huerta; así era donde vivían las Castañeda. Las casas grandes de Zapopan eran muy bonitas, muy grandototas. "La Ochavadita", donde estaba el sanatorio de Rafaelita Orozco, era de un señor obispo, Ignacio Plasencia. Ahí vivía toda la familia; hasta platican que le decía el papá a un hijo, que no era tontito pero, le dijo un día: —Oye hijo, ¿pa'qué te gusta esta luna qué está tan bonita? ¡Ay papacito!, para estar pensando en la oración del huerto. ¡Ah! que m'ijo tan tarugo, pa' estar platicando con la novia... Pero si era medio... se veía como tontolón ¿verdad? ja, ja... eso platicaban las gentes, pues en Zapopan toda la gente se daba cuenta de todo, porque era pura familia. Todos, unos y otros se platicaban entre sí...

Los techos de las casas les decían de terrado, eran con vigas de madera y de ladrillo, como de bóveda, pero en madera. Raras eran las vigas de fierro, las vigas eran de madera muy buena, en la casa todavía hay unas cuantas de esas. En las casas catrinas los pisos eran de... les decían ladrillo chapeado: ese ladrillo colorado, grandote, brillante, muy bonito. Las casas se veían muy bonitas y otras nomás con piso de ladrillo. Y después, poco a poco empezó a haber de mosaico. Ya también fueron modernizando las casas, todas de ventanas estilo español. Todas las casas eran muy bonitas, tenían sus rejas grandotas de arriba abajo, y muy seguras, no, ya ahora, las empezaron a hacer comerciales. Acabaron con el pueblo, como esa casa de Rafael Orozco, tan grandotota, ya ahora Chabelo

Vázquez acabó con ella; y la escarbó toditita, creo va hacer puros despachos. ¡Sabe qué irá a hacer con ella!, y eran bonitas las casas y cómodas. Entonces, casi no había ingenieros, cada quién las iba acomodando a su comodidad. Como en la casa, todas las piezas son corridas, la sala, la otra pieza, y sigue una grande, otra más chica, enseguida la cocina y luego el comedor, así como un pasillito, así es que, no nos mojábamos en tiempos de aguas.

Entonces todas las habitaciones se comunicaban y luego, en donde había hombres y mujeres, a los muchachos los ponían a un lado y a las muchachas al otro, y los señores a medias de las piezas, seguro para cuidar el buen orden. Pero hasta los señores eran muy cuidadosos también con la familia, porque de todo hay en la viña del Señor...

También a la siguiente cuadra de la casa había una familia muy pobre, se criaron sin zapatos, en un cuartito, sin ladrillos, sin nada, tierra suelta. La mamá vendía tortillas en la plaza; fíjate, cuatro tapatías, cuatro tortillas por un centavo daban, pues todo era regalado y esos muchachos ahí se criaron descalzos, casi desvestidos porque a uno de ellos lo traían con un camisón casi hasta las rodillas, no traía calzones ni nada, todo el día el pobre muchacho andaba en la calle encuerado. Ahora, está millonario. De chiquillo, bueno, de chiquillo era travieso, igual que todos los muchachos ¿verdad?, pero empezó a hacer mandaditos y mandaditos y ése no fue nada de tonto; después ya que creció, se fue a México, y estuvo trabajando en una farmacia, de mandaderito, y la suerte le ayudó. Últimamente en México tenía tres farmacias.

En todas las casas donde había mucha familia, los señores a medias de las piezas, a un lado los jóvenes y al otro lado las mujeres, bonito. Como en la casa, la pieza de mi papá era grande, ahí dormían mis hermanos cuando estaban chiquillos, pues Toño estaba de brazos cuando mi mamá murió, tenía once meses. Ignacio era más largoncito: tenía como ocho años más o menos, porque ya fue de los penúltimos. Fuimos siete de familia, así es de que mi papá en su pieza tenía a los muchachos, y nosotras en las otras dos piezas.

Unas casas así y otras no. Como allá en la casa de Alfonso Orozco, el comedor daba al nivel de la puerta de la calle, y en la casa está a un ladito del comedor, porque había un pasillo por donde diario entraban y salían las vacas para la leche del gasto y todavía está el mismo piso. Ya está todo hecho pedazos. ¿Dónde nos íbamos a acabar nosotros tanta leche?; pero diario estábamos ocupadas, hacíamos rompope, panelas, quesos, cajeta, chongos, lo que se nos ocurría y ahí estábamos.

Muchas casas tenían su zaguán por donde entraban sus animalitos, sus burritos, que era lo que había entonces. A la casa diario entraban nueve vacas. En la mañana ordeñaban y luego las sacaban. Se iban allá para el lado del río, todo el día el ganado estaba en el campo comiendo zacate, y pues tantas cosas que había entonces. En la tarde el muchacho que las cuidaba las recogía para ordeñar otra vez. Así, en la casa teníamos todo en abundancia, se puede decir. Además de que toda la comida era más barata, por ejemplo Gorgonio Delgado era un chaparrito que siempre tenía la mano envuelta. Diario en la tarde pasaba al río, iba y venía de allá de su parcela a traer lechugas, rábanos, de todo, porque vendía verduras. Daba cuatro manojos de cebollas por tres centavos, lo que ahora te dan por miles de pesos. Los rábanos, cuatro manojotes por tres centavos. ¡N'hombre!, pues la gente comía de dado, se puede decir, todo era muy barato, así es de que toda la gente comía bien.

Como por ejemplo, los gañanes, que así les decían, ganaban 50 centavos, ¡n'hombre!, comían divinamente. Iban a la carnicería y compraban un cuarto de cocido, llevaban un platito burdito, corriente de a tiro: —Me da un cuarto de cocido. Y luego ya les decían: —Mire, un cañoncito para que le engorde su caldo, un pedacito de plátano para quién sabe qué, otro pedacito... Bueno, iban con el platito copeteado, con medio o más de medio kilo. Salían unos caldos muy buenos, porque entonces al ganado lo engordaban con puro garbanzo y salvado, no le daban otra cosa más. También salían unas leches muy buenas y muy baratas. En tiempos de aguas daban a seis centavos el litro de leche, y hasta

rogaban con la leche, y la gente aprovechaba para hacer quesos, dulces, lo que se le antojaba. Todo teníamos, no nos daba trabajo conseguir, ahora, nunca nos faltó algo, estar limitados, no, nunca, más bien en abundancia que con necesidad. Cuando don Julián Díaz, que era mi tío, llegó al pueblo puso carnicería, era de los primeros carniceros también de Zapopan. No había más que una o dos carnicerías, entonces mataban un puerco cada ocho días. No, ahora son cientos de puercos los que matan diario, de todo eso sí me acuerdo.



IV

HABÍA UN EDIFICIO, QUE LE DECÍAN EL PROFUNDO. Ese era del papá de Beatriz Carrillo. Su mamá era prima hermana de Alfonso Orozco, y ese terreno era de Jesús Carrillo. Le decían El Profundo porque estaba como en un vallado. Y luego hacia un lado había como un templo, como capilla. Estaba bonito aquello, era como... tenía como un altar, pero era muchísimo terreno, ya de ahí mismo seguía para el río.

Entonces, como el río estaba ancho, tenía uno que pasar por una viga. No se pasaba tan como quiera, tenía mucha agua. Y más arriba había un nacimiento que le decían La Campana, ahí estaba naciendo el agua, una agua calentita, muy buena.

Antes Zapopan tenía su agua propia; el convento tenía su agua, el pueblo tenía la suya, y El Vigía tenía la suya. Había tres aguas, distintas todas. La del Vigía era muy fría, la del pueblo era más bien calentita, y la del convento de un sabor muy distinto a las demás aguas, muy buena que era esa agua del convento. Todo eso se acabó, todo fue que tomaron parte los agraristas, así es que pues también tiene su origen todo eso ¿verdad?

En el convento tenían como un canal y por ahí venía el agua del convento, no sé de dónde la traerían; pero un agua muy buena, sabía como a chicle mexicano que le decían, tenía un sabor-

cito muy sabroso, pero también se les secó. Últimamente cuando estuvo el padre Cisneros de guardián, hicieron una noria muy profunda, y no le salía, y no le salía el agua, por fin, ahora tienen una noria muy profunda y también está muy buena esa agua. Ya todo eso se acabó. El pueblo tenía mucha agua; en la casa había una pila como de a metro de alto, le abríamos a la llave, como era de sifón hasta la altura del techo subía el chorro del agua y volvía a caer a la pila, muchísima agua que tenía, no ahora... bueno, yo todavía tengo mucha agua, pero casi se acabó. Hubo una temporada que no tuvimos nada, nada de agua. Se quedó sin agua Zapopan. Ahora nos viene creo de Tesistán. Sí, ya no es de la que había antes, porque era muy buena el agua de Zapopan. Porque se pusieron a vender el agua, esa agua que vendieron entra a Guadalajara, entra por allá por el lado de La Huaracha. Así es de que con lo mejor del pueblo acabaron.

En El Vigía había baños públicos, un tanque muy grande, hasta llegó a haber ahogados ahí, y luego para toda la gente que se quería bañar, tenían tres cuartitos, bañitos individuales. También había baños en el convento, pero últimamente sí entra gente a bañarse al convento. Porque una temporada en el convento, rentaban en donde ahora está la Exposición Huichola. Ahí estuvo el licenciado Medina, cuando estaban sus muchachos todos chicos, al licenciado Pancho Medina allá lo conocimos de chiquillo. Tiene un hermano sacerdote que se llama Luis. Todos ellos estaban chiquillos, allá se criaron en Zapopan.



V

UNAS CUANTAS CALLES ERAN LAS PRINCIPALES: era Romero, que ahora es la de Pino Suárez, la 16 de Septiembre, que entonces era de los Orozco y luego la otra, le decían la calle de Tesistán, la de La Curva, la de las Velarde. Todas esas salían para la orilla; a la salida para Tesistán estaba un señor, que le decían Margarito “el Chigüilín”, tenía como tiendita ahí en su ventanita, a los rancheros, o a los arrieros que pasaban ahí les vendía panecitos, dulcecitos, lo que se podía, esto a la entrada del pueblo.

Antes todos andaban de calzón blanco, bueno, trabajando con sus calzones arremangados así los veías tú. Para entrar al pueblo les exigían que entraran de pantalón y en la orilla se lo ponían porque si no los multaban, desde entonces ya empezó a entrar tantito la civilización.

Las calles, primero estaba la tierra suelta, ya después empedraron. ¡Muy bonito empedrado que tenía Zapopan! estaba mejor que el adoquín. El empedrado estaba muy parejito, parejito, así es que de vez en cuando había zacatito entre las piedras; no ahora que con el adoquín es una vil porquería, un terregal que se hace, que nada dura limpio. Y antes estaba muy bien y bonito el empedrado en las principales calles, para las orillas ya estaba la tierra suelta, como ahí en la esquina de la casa Pino Suárez e

Industria; había hasta barranquitos como de a medio metro de hondo. Cuando nos íbamos a la escuela subíamos y bajábamos por ahí porque estaba el piso desnivelado. No, poco a poco ya se fue reglamentando, y el pueblo fue cambiando por completo.

Lo que era Zapopan de ese entonces, no había ni luz, ni electricidad. El pueblo se alumbraba con unos farolotes grandotes. A Pancho González le decían “El Sereno” porque como a las seis de la tarde salía con su escalera y su bote de petróleo. Todas las noches era eso: ponerles petróleo a los faroles para que en la noche alumbraran algo. Y sí alumbraban, porque toda la bola de muchachas jugábamos en las cuatro esquinas, los “cuatro pericos”, y quién sabe qué tanto gritábamos. Entonces no había peligro, no había coches, no había más que burros y para esas horas ya estaban encerrados, las carretas también, pues uno jugaba libremente en la calle; Pancho “El Sereno”, se encargaba también del rastro, era papá de las González, Lupe, Trini y del “Gallito”.

A poco, hubo luz eléctrica. Cuando yo me crié, nos alumbrábamos con velitas y aparatos; en la casa había grandes, de esos de bombilla delgadita. De esos había en el corredor y en el comedor, en lo demás aparatos chicos; en la cocina, velas, lo que se podía.

Cuando el niño daba guerra, no, no guerra, porque nomás las criaturas no tenían sueño, y se pasaban jugando con la luz de la vela con sus manitas, mi mamá me hablaba, me decía: —Jul. Y yo le contestaba sentada, porque tenía el sueño muy liviano: —¿Mande usted? —Ven, ayúdame con el niño. Yo me iba corriendo, me subía a la cama luego, luego. Decía: —Mira, cuando se quiera dormir el niño, lo envuelves y lo pasas a su cuna, y le das unas meciditas y cuando te vayas apagas la vela, para que no vaya a haber quemazón. —Sí. Ahí estoy con el chiquillo ¿verdad?, ya empezaba a tallarse los ojitos, enfadadito, lo agarraba, lo envolvía y lo pasaba a su cuna. Lo mecía, se dormía, ya me iba y apagaba la vela y me volvía a mi cama. Ya mi mamá ese ratito dormía tranquila. Y no enfermo ni nada, nomás no tenía sueño la criatura, pues todo el día

dormían las criaturas, nadie les hacía ruido ni nada. Así es de que yo me iba ya a mi cama para levantarme a la hora que teníamos que ir a misa de cinco.

Cuando los franciscanos llegaron, ya varios de ellos daban misa de cinco, iba muy poca gente. Mi mamá no podía ir a otra misa por tanto señor que tenía de asistido, a Anita y a mí. Yo tenía entonces como unos cinco años, nos llevaba a misa de cinco. Decía yo: —¡Ay qué ganas de ser grande para que no me levanten! Ahora nadie me levanta y diario, diario, a las cinco ya estoy despierta, pues desde chiquilla me acostumbraron, y luego me dicen: ¿y qué te levantas a hacer? —Pues a oír radio aunque sea. Pues ¿qué más hago?

En las casas de particulares estaban las oficinas de correo, y después también de telégrafo. Yo me acuerdo que el correo lo atendía Esther Soto, esposa de Enrique Orozco, hermano de Cuca Orozco Padilla, tío de Carmela Orozco, de Germán y todos ellos. La oficina, Esther la tenía en su casa. Después el telégrafo estaba en la esquina de Chemita Cuevas, y también estuvo por la calle Ancha. La del teléfono era Conchita, una viejita que diario diario, tenía agua regada, porque echaba mucha agua a las macetas. Que hasta un día en la iglesia, nos hizo reír porque... fue el día que profesamos de la Tercera Orden. Estaba lleno el comulgatorio, había muchos señores y muchas mujeres. Luego dijo el padre Rivera, iba a nombrarla: —Concepción Galván. —¡Aquí estoy, señor aquí estoy! Se para una viejita muy, como chuparrosita. Entonces, carraspeó el señor, ¡jmm, jmm! luego dice: —van a responder ¡Ave María! y repitió: —Concepción Galván. —¡Ave María Purísima, señor! Bueno soltamos la risa, que ya casi nos nombraban pero estábamos Leonor Ramírez y yo que nos sacudíamos de la risa que nos dio con la viejita. Pues no esperábamos que contestara así: —¡Ave María Purísima, señor! Era una viejita muy ocurrente. Ahí trabajó con ella la hermana de las Rodríguez, de Agustina, Josefina, ahí trabajaba en el teléfono con Conchita Galván.



VI

ANTES PARA EL TRANSPORTE DE ALGO HABÍA PURAS CARRETAS y burros, y en eso se transportaba uno, en caballo, burro, o a pie como se pudiera. Luego, cuando hacíamos los paseos, una hermana mía, la más grande, Anita, y María Luisa Fernández se encargaban de invitar a los que iban de “temporada” en tiempo de aguas a los paseos. Era una carreta para cada familia, así es de que se hacía una hilera de carretas. Cada señora con su montón de chiquillos, en sus carretas.

Tú veías el camino para Tesistán, San Antonio y por ese rumbo, lleno de carretas todo el camino. Y se hacía muy bonito. Allí todos nos juntábamos, y luego, como ya habían pedido los tacos y comida para el paseo, nosotros se los dábamos a los muchachos y ellos repartían. Se pasaba uno el día contento. Los señores grandes platicando y los papás sin pendiente; ahí tenían a todos sus hijos, nadie se desbalagaba. Los paseos se hacían muy bonitos, mucha tranquilidad, no había venganzas, no había envidias, todo era una familia, muy bonita, muy unida. Eso sí, había mucha unión en Zapopan.

Ibamos de día de campo a Los Colomos, a San Antonio, a El Zapote, a donde se nos ocurría. ¡Vamos a tal parte!, ahí va toda la gente en sus carretitas. Una vez Elodia Fernández iba en su burro

y llevaba el paraguas abierto con una de sus hermanas en las piernas; no me acuerdo si era Conchita, con su niño en los brazos. Seguro el burro era asustón, se le asustó, brincó y la tumbó, y cayó sentada adentro del paraguas, y una risión. Luego Alfredo corrió a levantarla con todo y niña. Bueno, de todo hacíamos fiesta, de todo. Era bonito, gozábamos sanamente, porque sí gozamos nuestra juventud. De todo el día eran esos paseos. Regresábamos hasta la noche, igual, en las carretas. Adelante de los animales venían los hombres con sus otatotes, sus calzones arremangados, porque si llovía se tenían que meter al agua y todo. Y todas las gentes muy quietas, muy tranquilas, con sus muchachos adentro, sentados en equipalitos, en sillitas, en lo que se quería. No brincaban, pues, muy a gusto al paso de los bueyes. Pues era una costumbre. Las carretas eran jaladas por bueyes y no todas las familias tenían esas carretas, los dueños de los ranchos las prestaban. —¿Nos prestas? —Sí, las que quieran.

Pues todos los dueños de ranchos tenían puras carretas, para recoger sus cosechas y en carretas recogían todo. En las tardes entraban con sus carretas llenas de mazorcas hasta arriba a vaciarlas en su casa. Casi todas las casas tenían trojes; como ahí con mi abuelito tenían una troje grandísima que se llenaba hasta arriba de puras mazorcas. Era un maíz muy bueno porque las tierras estaban nuevas, no estaban tan trabajadas.

Acá para el lado de Tesistán, había nada más un sólo camino y también nos íbamos en carreta o en burro. Nosotros íbamos de vacaciones a Tesistán con mi tía Crucita que estaba casada con un hermano de mi mamá. Allá conocimos a los Quirarte, a don Diego el papá de los Quirarte, después se fueron a Zapopan, pero los primeros hijos eran de allá; con Teresita jugábamos en la calle. Ellos estaban enfrente de don Chon, quien era el suegro de mi tío Miguel; ese señor era muy rico, tenía panadería, vendía ropa y todo lo que tú quisieras, porque tenía una tienda grandota enfrente de la del papá de Diego Quirarte, de don Eduardo se llamaba, y Lupe, la mamá. Don Chon se llamaba Encarnación López, y su

esposa Andreíta, una señora gordita. Nos subíamos a la azotea de la panadería, y por el tragaluz bajábamos una canastita de alambre a los panaderos para que nos la llenaran de pan, nos la llenaban de lo que queríamos. La bajábamos por ahí, y luego ¡arriba de la azotea, comiendo pan caliente! ¿Cómo no nos hacía daño tanta cosa que hacíamos? ¡Ay!, de veras parecía que estábamos muertas de hambre. Ahí con mi tío Miguel también eran varias muchachas: Rosalía, Obdulia y Cuca, tres chicas. Y grandes también eran muchas: Elvirita, mi tía Crucita, Elena y María. De muchas cosas sí me acuerdo porque andábamos entre todas.

A mí me tocó ver el cambio del tranvía de mulitas al eléctrico. Para ir a Guadalajara me llegué a subir en los tranvías de mulitas. Estaban destapados de los lados y tenían sus banquitas, ya se subía uno y se acomodaba, viendo para todos lados el campo, todo lo que había para ir, acá por Atemajac, ese era el camino. Entraba por la fábrica y todo eso lo recorría y uno viendo, conociendo todo, porque ya que hubo manera en los tranvillitas toda la gente quería conocer.

Después hubo los eléctricos. Hasta a mi mamá la golpearon. Ella acababa de subirse al trole, porque entonces entraban a Zapopan, y le decían el trole; era un carrillito por el cable y ese se cayó y le cayó a mi mamá en un pie. Luego estaba la estación, una para el lado de Atemajac: ahí cambiaban las mulitas del tranvía. Las que ya habían trabajado, las quitaban, ya iban cansadas, y ponían a las mulas nuevas que tenían que llegar hasta Guadalajara. De vuelta también llegaban ahí y cambiaban por las que llevaban para Zapopan. Tenían todo en orden, pero todavía con mucho atraso. En Zapopan guardaban las mulitas allá para el lado que le decían la estación, donde después estaba la planta de luz, atrás de lo que ahorita es la Presidencia, por ahí. Estaba un portal, grandotote, ahí era donde las cambiaban.

Don Macario Hernández quien fue presidente, vivía por la calle de Los Rieles; le decíamos Los Rieles a la curva de abajo porque por ahí salían los tranvías, éstos rodeaban al pueblo para

llegar al centro, entraban por el lado de la calle de Morelos y salían a un lado de donde hoy está la Presidencia. Luego daban la vuelta ya para coger otra vez acá por Zoquipan. En mero Zoquipan había una casita, que fue donde nació mi prima Petra. Tenía un balconcito que cuando pasaba uno en el tranvillita allá se alcanzaba a ver. Estaba bonita la casita esa. Ya después ya no se veía tampoco, y ya ahora esa calle cambió tanto... Primero empezó a haber un camión, y después eran dos, y había mejor servicio. Después, poco a poco fueron aumentando, y como los camiones eran grandes, pues ya toda la gente prefirió los camiones mejores. Uno se llamaba "El Atlántico", el que lo manejaba era un muchacho altote, muy fornido. Y ¡el servicio! pues cuánto era lo que dilataba en ir uno, y luego el otro. Estos seguían el mismo camino que el tranvía.

Entonces ya hubo la circulación, de pasar por... ¡Miren!, hubo una vez una tempestad que el agua del río subió, pasaba por encima del puente. Nosotros veníamos de Los Colomos, de un día de campo, y nos estuvimos ahí, a esperar a que bajara el agua, porque ésta subió muchísimo, no, también cuando llovía por todo ese lado entraba muchísima agua.

Por Los Colomos entonces no había camino. Ese camino de acá del rumbo de Los Colomos lo volvieron a utilizar ya cuando estaba de presidente Ávila Camacho. Porque él fue y dijo: —¡No!, estos puentes hay que utilizarlos. Y pasaron por el puente. Entonces ya hicieron la circulación, a entrar acá por donde están los puentes, donde está la entrada ahora, por la avenida Ávila Camacho.



VII

LA PRESIDENCIA ESTABA EN LOS PORTALES frente a la Basílica, donde está ahora el jardín. Primero nomás tenía medio corredor del lado de la Basílica, ya después siguieron los cuatro lados de corredores. En una esquina había una tienda, que también mi papá tuvo, ahí estuvimos y ya después rentaban las casas, lo que había sido de la Presidencia. Me acuerdo que ahí José Victoriano Orozco, con su familia, estuvo rentando esas casitas. Ya después todo cambió. Quitaron todo eso y cambió por completo el pueblo.

Donde está la Presidencia le decían la plazuela. No me acuerdo si fue don Macario Hernández o Abel Orozco, quien construyó la casa esa, que estaba muy bien fincada. Cuando últimamente la quisieron recoger para hacer la Presidencia, una de las maestras fue y me dijo: —¿Oiga, cómo está eso? mire, ese edificio está muy bien hecho, tanto niño y no se cimbra ni nada, fíjese qué van a hacerle. Le dije: —Mire, yo de eso no me doy cuenta. Porque antes no había nada, ahí pastaban los animales, los puercos sueltos en la calle, burros y todo andaba ahí en la plazuela que se le decía. Ahora después de que fincaron, no, pues ya todo fue distinto. Todo eso lo quitaron, ya había, pues tantita más civilización, y también consistía en los presidentes, los que eran del pueblo se interesaban por mejorar el pueblo, que casi siempre eran puros señores de ahí

mismo. Don Macario Hernández no era del pueblo, pero era muy buena persona. Él era una persona muy educada, y muy listo, fue presidente municipal.

El general Manuel Ávila Camacho llegó a venir a Zapopan, era una persona tan educada, muy, muy correcto. Y luego como dicen que fue el General que sabía de todo; sabía de rancho, porque era necesario que un presidente se diera cuenta de todo, que conociera todo el trabajo de todas las clases.

En Zapopan sí se reconocían o tenían nombre los barrios; hasta se frecuentaban, aunque fueran de los ranchos, pero sí había unión. Había mucho respeto de unos para otros, y si de repente se juntaban, la llevaban muy bien unos y otros. Todo era muy tranquilo, ¡y una seguridad!, tú dejabas la casa abierta en la noche, ni quién se metiera. Como en la casa, que en la noche nos poníamos a platicar en la sala; mi papá se acostaba por lo regular a las nueve, nueve y media, dejábamos la puerta atrancada hasta con piedritas, nada más íbamos y nos acostábamos. En la madrugada iban los gendarmes: —Don Toño, tienen su puerta abierta. Ellos mismos la cerraban. ¡N'hombre si antes había mucha seguridad!, nadie se metía a tu casa aunque tuviera mucha confianza, mejor te avisaban. Ya uno se levantaba a cerrar, porque todos respetaban la casa de cada quien. La policía, entonces sí cuidaba, sí eran legales los policías, eran del mismo pueblo, eran personas conocidas, no como ahora que son los primeros... También para con la autoridad, la policía era muy respetuosa, lo que el Presidente ordenaba, muy bien. Hasta entre ellos había mucha paz, tranquilidad. Pero los presidentes por lo regular también eran de los mismos señores del pueblo, pues así es de que estaban acostumbrados a obedecer. No, y entonces, los presidentes sí eran duros, había tanto orden en eso.

Luego empezó a llegar gente de fuera. Empezó a crecer el pueblo, ya hubo mucha revoltura de gente. A Zapopan iban a dar por lo regular los que no podían estar en su tierra. Hay mucha gente de Zacatecas, sobre todo ahí por el rumbo de La Huaracha, hay muchos de por allá.

VIII

AL PRINCIPIO EN ZAPOPAN NO HABÍA COLEGIOS O ESCUELAS, nos enseñaban las primeras letras con tía Reyitos. Todo mundo le decíamos tía Reyitos, pues es que sí era pariente y vivía enfrente de la casa. Con ella nos enseñaron las primeras letras. Ahí las aprendía uno. Me acuerdo cuando fueron a dar a Zapopan los Díaz, don Ignacio Díaz... Pachita iba de la edad de nosotros, chiquitilla, que hasta nos hizo reír la chiquilla porque empezó ahí a aprender las primeras letras. Luego dice Conrado Morales, sobrino de todos esos Morales de Zapopan: —Señorita, señorita, esa niña no trae calzones. Y luego dice. —¡Sí, sí traigo! Decía muy seria. —No señorita, no trae. —Mire. Se levantó el vestidito, y luego dice. —Sí trae, nomás que son de bolsa. Y ya nos hizo reír a toda la bola de chiquillas.

Antes no había más que una escuelita donde nos enseñaron las primeras letras. Estaba Conrado Morales, hijo de Luis Morales, hermano de mi tía Elena, hermana de Abel Orozco, de todos esos. Era muchísima familia esa. Nos daban las clases. Cada quien teníamos nuestra sillita: los hombrecitos de un lado y las niñas del otro y Reyitos vivía ahí enfrente de la casa.

Después, ya que hubo escuela oficial, Toñita Rubio era la que daba escuela. Muchos niños iban a la escuela oficial. Los otros

no, iban allá con tía Reyitos a aprender las primeras letras... Reyes Álvarez se llamaba, hermana de Josefina y de don Manuelito Álvarez, que sí eran parientes, por lo Venegas.

Me acuerdo cómo me enseñaban a escribir o a leer las primeras letras. Pues hasta con sonsonete: a, e, i, en el cajoncito; las cinco letras, a, e, i, o, u, nos decían a, y nos hacían repetir hasta que se grababa bien. Lo aprendía uno de memoria, entonces se aprendía a machete de veras. Yo no me apuraba, tenía muy buena memoria. Nomás le daba dos o tres pasaditas al libro y ya me lo había aprendido.

Los libros se llevaron cuando hubo colegio en el Sagrado Corazón, ya que se instalaron las monjitas bien a bien, en orden. Tenían el asilo, la mitad del salón con una gradería hasta arriba, ahí era donde estaban los parvulitos, eran puros chiquillos sentados en la gradería aquella, que llegaba hasta arriba.

Entonces ahí, ya entre las monjitas, era la madre Elena la que se encargaba del asilo. Después lo quitaron cuando arreglaron la casa del convento. Ahí con Reyitos no era colegio en orden, pues luego preguntaban ¿en qué año estás? No, ahí no estamos por año, ahí estamos todos en revoltura. Así es que yo allí nunca terminé la escuela. Cuando la Revolución fue acá en el Sagrado Corazón que yo principié quinto año, pero hasta ahí llegué. Entonces la enseñanza era completa, entrábamos al colegio a las ocho de la mañana y salíamos a las doce, volvíamos a las dos de la tarde, y salíamos a las cinco, así es que era todo el día.

En las casas no hacíamos nada, todo lo hacíamos en el colegio. En cada salón atendía la monjita o las muchachas más grandes, como esta Chory Orozco, quien fue la primera interna que hubo en el Sagrado Corazón. Nos platicaban que a esa niña la habían dejado en la puerta de El Refugio, donde el capellán, que era un franciscano, dormía. Era pues una niña muy pobre, pobre, con un letrerito que decía: ya está bautizada. Pero no decía ni el nombre. Y la bautizaron condicionalmente porque no sabían qué nombre darle. Luego el capellán fue y le dijo a mi tía Libradita:

—Recojan a una niña que dejaron ahí en la puerta. Fue la primerita huerfanita que recogieron ahí, con mi tía Libradita Orozco. Entonces estaban en El Refugio en Guadalajara. El Refugio tenía toda la manzana, tenían su casa grandotota, muy bonita. Después fueron vendiendo pedazos y pedazos, el gobierno les fue quitando, hasta que ya las dejaron nomás con el puro templo, es lo que tienen.

Teníamos nuestro recreo, todo bien en orden; llegábamos y entrábamos todas formadas, luego a su lugar, luego luego, rezábamos. Y ya empezaban las clases, según la que tocara, nos daba clases de religión, el señor cura Castellanos, y de ahí, nosotros fuimos cambiando también de profesor, según el año en que estábamos.

El Sagrado Corazón era parte del rancho El Vigía, eso era de don Isidro Orozco, papá de la madre Teresa Margarita, que le decían "La Grande"; el Colegio empezó ya que las monjitas estuvieron allá en El Vigía. Eran pocas, cinco fueron las monjitas que al principio se fueron a Zapopan: mi tía Libradita Orozco, quien también fue la fundadora de El Refugio en Guadalajara, estaba de superiora; María Isabel Crespo Morales era la vicaria, la que gobernaba todo aquello y también era pariente, por lo Morales; la madre Elena Montoya era la del Colegio; la madre Lupe daba clases de piano, y la madre Cleotilde Crespo daba clases en el Colegio y era de un carácter muy fuerte.

Mi tía Libradita tenía otra hermana que se llamaba María, ésta vivía en la casita que seguía al convento. Mi tía Mariquita no era casada, pero su casa se comunicaba por dentro con la de las monjitas. Eso fue cuando ya fincaron el Sagrado Corazón. Todas las ventanas tenían un cancel, pero estaban pegadas al suelo; me acuerdo que ahí en una pieza tendieron a mi tía Matianita Orozco, porque mi mamá nos llevó a velarla.

Había dos Teresas Margaritas, la grande y la chica, las dos eran hijas de don Isidro Orozco Santa Cruz, nomás que don Isidro tenía dos casas. De la primera familia de don Isidro, la más chica de las hijas era Aurora, luego tenía a Carmen, la de enmedio. Fueron

tres mujeres, y de hombres nomás era Pancho, que le decían "Pancho Fibrichis", ellos eran de la familia legal. De la segunda familia fueron tres hombres y tres mujeres, la madre Teresa, Daniel, Leopoldo y Vicente. Este Daniel se casó con María Luisa Orendáin, y vivían en Guadalajara.



IX

MI MAMÁ ME EMPEZÓ A AYUDAR A HACER LOS VESTIDITOS de las muñecas, me decía cómo, me hacía que cosiera a mano. Ella me punteaba y me cortaba, y cósele aquí, así y asado. Ella cosiendo sentada allí en el corredor de la casa con su maquinita en una silla, porque eran máquinas de mano, rara era la gente que tenía máquina de pedal. Muere mi mamá, ¿pues ya quién me enseñaba a coser? Luego me quedó un hermanito, el más chiquito de once meses, y empecé por hacerle la ropita al niño, sus calzoncitos, sus tallecitos, porque antes les hacía sus tallecitos, con botones y ojalitos y pues bien arregladita la cosa. Ya empecé a hacerle sus saquitos, sus pantaloncitos; iba con una tía de Elena Morales, de los Morales de Zapopan, de los principalitos también de Zapopan, y le decía: —Tía Lupe ¿me corta?, ¿me dice cómo hacer un vestido? —Ándale, ven, me dijo. Ella en persona tenía paciencia para enseñarle a uno, ya me ponía yo dizque a coser y me decía: —Te quedó bien. Yo también cortaba mis moldecitos para después seguir cosiendo, así fue cómo, ya que mi mamá nos faltó, me fui enseñando.

De grande, con las nociones que me habían dado, yo quedé acostumbrada a coserme como a mí se me antojaba. Y seguro que me gustaba. Después, Anita mi hermana recibió clases de corte de ropa, porque mi papá no nos dejaba salir; a la escuela sí, pero no

a otras partes a recibir clases. Prefería que nos dieran clases en la casa para que no anduviéramos saliendo, pues él estaba en la oficina, y entonces nosotros nomás con la sirvienta en la casa; así es de que nos iban a dar las clases allí.

Una señorita profesora que enseñaba en la escuela oficial era la que nos daba las clases de corte. Ella venía de Guadalajara y empezó a dar clases en Zapopan. Entonces fue a la casa, allá tenían su pizarrón y tenían todo, era en el comedor donde daban las clases. Yo nomás iba y me asomaba, ya veía y oía. Yo con eso tuve, pero a Anita se le dificultaba, pero también ella se recibió de costurera. Iban algunas otras a la casa, como Elena Orozco, la hija de Rafael Orozco, quien era el dueño de la casa que andaba tumbando Chabelo Vázquez, la de la contraesquina. Yo me enseñé viendo y oyendo y lo que me enseñaba mi tía Lupe.

Recién muerta mi mamá, mi papá nos llevó unos cortes, antes les decían céfiros, para las camisas de los señores. ¡Ay!, Anita, mi hermana la mayor, no te daba un tijerazo, se ponía muy nerviosa y entonces lloró: —No llores, le dije, mira yo se las hago. ¡Ay!, pero la bata que era lo más sencillo me dio tanto trabajo. Con unos alfileres la prendí y ya la corté. ¡N'hombre!, pues después yo era la que cosía, así fue como me fui enseñando.

Luego, en las noches, yo tejía, hasta hice una chambrita para una niña de María Luisa Fernández, que era mi ahijadita. Por ahí luego veo el retratito con la chambrita de gancho. Yo con mi velita en el buró, y tejiendo la chambrita de la chiquilla, con velita porque entonces no había ni luz eléctrica en Zapopan. Así, poco a poquito. Es que a mí me gustaba la costura, eso ya de suyo, eso ya es natural que le gusten a uno las cosas. A la que no le gusta, pues no le hace ni la lucha. A mí sí, y tenía la facilidad, gracias a Dios.

Me decía mi mamá: mira hija en el altar fulano de la Basílica está un deshilado, anda para que lo veas. Antes no estaban los altares así como ahora, cada uno tenía un barandalito, para que la gente no se subiera, después les estorbaron y los quitaron. Iba yo y me asomaba, luego me iba a la casa y de memoria sacaba los

deshilados. Tenía la facilidad de que se me grababa lo que veía. Ya sacaba yo algún deshiladito que le gustaba a mi mamá; le sacaba la muestra, y ya tenía su muestrita de los deshilados.

Mi mamá decía: las mujeres no deben de andar como los hombres, nomás con la costura cosida, las mujeres tienen que adornar su ropa; y nos hacía que tejiéramos, hacíamos las puntitas de gancho para las faldas. Entonces se usaban con holán encimado. Tejía uno muchisísimo, pero uno era feliz tejiendo y tejiendo, buscando, veía alguna muestra, le gustaba y la sacaba. Todavía tengo unas servilletas de mi abuelita, tienen unos piquitos de puros deshilados, angostitos, angostitos, pero muy bonitos, en lino, pues todo eso era muy barato. Mi abuelita tenía muchas costuras en lino.

Para los bordados de a mano, Lupe Briseño daba esas clases allá en el orfanatorio con mi tía Eva Briseño, bordaba muy bonito. Teresa mi prima bordaba tan bonito, que dejaba igual el revés y el derecho. Era muy curiosa para los bordaditos. Después Teresa también daba esas clases ahí en su casa, así es que pues sí había manera de que uno aprendiera, y luego en el Colegio también daban clases de bordado, de deshilado, de toda clase de costura.

Mi mamá nos enseñó a cocinar, estábamos chiquillas. Nos decía: miren hijas, vengan para que vean cómo se hace esto, para que cuando yo les falte no anden preguntando a los vecinos, porque van a decir: —¿Qué su madre no tuvo chiste ni para enseñarles a hacer de comer? Y ya nos decía: —Mira esto se hace así, esto se hace asado. Los hombres no se metían a la cocina. No, antes que esperanzas que un hombre se metiera a la cocina, pero sí estaban pendientes de cómo se hacían las cosas. Sí, que no sean inútiles, como Miguel Carrillo, ese señor que cuando la familia andaba fuera, dizque pura leche y pan era lo que comía porque no sabía hacer nada. No, mi papá freía huevos, asaba o freía carne, frijoles, él hacía de comer.

Para asar la carne, había unos fierros, así medio retorcidos, que les decían asadores. Ensartaban la carne y ahí la tenían para estarla volteando y no quemarse. Tenían parrillitas también,

eran de distinto modo, pero le buscaban el modo para hacer las cosas. Si hasta eso no eran tan inútiles, le buscaban y le hallaban.

Para prender la lumbre utilizábamos ocote. Compraba uno sus manojitos de ocote, que vendían ya partidito en manojitos, de a centavo, de a dos centavos... y tan bueno que hasta parecía que tenía miel. Cómo se veía el ocote, colorado, bonito que estaba el ocote. Lo prendía uno, lo metía y en un ratitito estaba la lumbre; luego le poníamos olotes. Como también uno desgranaba el maíz, así es que los olotes también los quemaba uno en la casa. Eran ayuda para tortear, para muchas cosas se ocupaban.

Mi papá siempre nos procuró las comodidades. Como en la casa para cocinar, primero hizo una hornilla para la leña, y estaba un tío mozo, para que nos hiciera las cosas. Nos partía la leña en pedacitos. Era como un hornito por donde metíamos la lumbre; luego tenía una lámina grandotota, como un comal, ahí poníamos todas las ollas, todo, o si no, en la cocina de adentro cocinábamos con carbón. Teníamos cocina de leña, así le decíamos a la que estaba en el corral. Ahí en esa cocina torteaban, a veces torteaban con carbón.

Luego mi casa, has de cuenta que era carbonería; cada quince días nos llevaban una carga de carbón. Entonces eran cargas. Unos costales grandotes con un copetote de puro carbón grandote, que le decían carbón de plancha. No nos fijábamos en gastar en todo eso. El papá de Luisa Arreola era arriero y nos llevaba las cargas de carbón a la casa. Era compromiso de cada quince días. Lo llevaban de un cerro, a donde iban al carbón. Unas cargotas bonitas de carbón. Así que nosotros no nos preocupábamos ni por cuidar, porque todo teníamos. Gracias a Dios que a mi papá no le gustaba que anduviéramos comprando de a poquito a poquito.

Cambiamos de una costumbre a otra. Cuando empezó a haber luz teníamos parrillitas para la cocina. Luego acomodaron de otra manera. Así, poco a poco, fue cambiando la manera de cocinar. Después con el gas también cambió el acomodo de la cocina. En la casa, donde ahora es la cocina, que es grande, ahí era dizque la troje

para la tilichera que había, ahí metíamos cuanto se nos ocurría. Y en donde está ahora el comedor, estaba el lavadero, el cuarto era grandote, ahí estaban dos lavaderos, las tinas eran de barro. Primero sacábamos agua del pozo, después ya no hubo pozo, éste se secó porque los del alcantarillado nos robaron el agua, quitaron la corriente que iba por la casa.

En el comedor, ahí tenían el metate, y otro en la cocina de leña, ahí donde las sirvientas cocinaban y torteaban. Tuvimos una sirvienta de Tesistán, se llamaba Carmen, ¡pero qué tortillas hacía!; andaba de luto porque el papá había muerto, y el vestido negro no se le manchaba. Hacía unas tortillitas, chiquitas, delgaditas, delgaditas, ¡y a mano!, pero rápida que era Carmen, entonces en mi casa se torteaba mucho, porque diario teníamos visita, como Elvira Fernández que estuvo mucho tiempo en la casa.

En la casa diario diario teníamos visitas que se quedaban, por ejemplo mis primas, las hijas de mi tía Concha García, estaban en la casa porque iban a la escuela, y el papá de ellas siempre administrando haciendas, andaba fuera, mi tía con la demás familia, y las chiquillas allá en la casa, porque estaban en la escuela. La casa siempre estaba llena de gente, de primos, de conocidos, de lo que fuera, y diario se arreglaba un lugar de más, para la gente que fuera llegando en ese momento, ya no nos extrañaba. De ahí mismo de Zapopan llegaban y: —Vente a comer. —No, que... —No, vente a comer, ándale. Pues ya se sentaba, diario se hacía bastante comida en la casa, entonces a nosotros no nos preocupaba.

Y entonces, torteaban, ¡cuál molino! ni cuál nada, ¡óyeme! en las casas se torteaba. En la casa, ahí la sirvienta ponía el nixtamal, al principio lo molían a canilla, porque no había molino. En dondequiera, toda la gente tenía sus metates. Y ahí molían el nixtamal, al tronar se oía “tras, tras”. Cuando íbamos al rancho de mi abuelito, en la madrugada se ponían a quebrar el nixtamal, se oía tan bonito, era uno estar dormido, y oírlo junto con los chorros de la leche cuando estaban ordeñando las vacas. Nomás dividía la pared, y mi abuelito tenía muchos animales.

Antes no se usaban ni los molinitos de fierro. En la casa había tres metates; uno era para el chocolate, porque también éste ahí lo molían en la casa. A mi papá le gustaba tener de todo, pero que se lo hicieran en casa. Teníamos el metate del chocolate, el del nixtamal y el de los molitos, todavía está ese metatito, y hasta por detrás tiene las iniciales de mi mamá, R. G. Había uno para cada cosa, pues estaban moliendo, y no se desocupaban luego luego; también cada quien tenía su molcajete.

Ya después don Juan de Dios García, que era de La Barca, fue a dar a Zapopan y puso el molino, entonces ya era mucha ayuda para la molid. Pero no vendían masa, ni tortillas. Nomás molían a dos centavos el kilo de nixtamal, pues baratísimo también, ¿quién no iba al molino a llevar su puño de nixtamal? En un ratito, y bien molido, no, ya poco a poquito, pues ya... todo eso fue cambiando.

Pero todo era tan general, había veces que en varias casas, hacíamos de comer lo mismo: —¿Qué comieron ahora? —Pues esto. —Pues nosotros también. Salíamos con las mismas costumbres casi toda la gente. Pues era bonito porque no había envidias, ni ventajas, nada, había mucha unión, había mucha comprensión.



X

TENÍAMOS UN KIOSCO MUY BONITO, quién sabe por qué lo venderían, o ya no les gustó. El jardín de Zapopan también estaba muy bonito, ancho y muy grandotote, con sus arbolitos en figuras de animalitos, de canastas, de lo que fuera. En la orilla tenía una barda bajita, estaba dividido para la gente del pueblo y la de más categoría, la más principalita. La de categoría estaba en el primer cuadro, y al otro lado la gente del pueblo que iba a la serenata, pero había división, los de huarache, los de todo eso, no se revolvían con la gente de más categoría, así es que cada quien por su lado, no nos revolvíamos y también ellos iban a oír la música, la serenata. Ahí los chiquillos jugaban como podían y los dejaban.

Entonces había mucho respeto para los niños, las personas mayores, para todos. Por ejemplo, estaba la bola de esquineros, y pasaban unos niños, una persona grande o una señorita, nomás uno les decía ichits!... y todos se callaban y les dejaban el lugar, luego luego se hacían a la orilla para dejar pasar a las gentes. La bola de esquineros que se reunían eran pura gente del pueblo... o de los vecinos que se salían a la esquina a asolearse en la calle, ahí hacían su rueda y se ponían a platicar. Allá ellos platicaban sus cosas, pero si iba a pasar alguien nomás les decía uno ichits!... todos se callaban. Y ahora hasta las siguen ¿verdad?, ja, ja, ja; no, había mucho,

mucho respeto, ni para hablar un disparate delante de la gente. Entonces para la mujer había mucho respeto, diario te dejaban a ti el lugar, no se pasaban como animalitos, y menos para un sacerdote, no, se le respetaba tanto que mucha gente hasta le hacía caravana a la hora que éste pasaba. Ahora no, el pobre sacerdote les da el lugar para que pasen y pasan como animalitos.

Para los vestidos, ah no, pues teníamos los domingueros, ¿luego? ja, ja, ja, los de diario eran más sencillitos, y los domingueros eran adornaditos, más catrincitos y de mejor clase, y también eran para las fiestas. Sí, uno tenía su ropita especial para cada cosa, no se hacía extraño, porque todas las familias vivían unidas.

Por ejemplo, cuando íbamos al jardín a la serenata llevábamos nuestros vestidos domingueros, sí ¡cómo no!, y luego antes no había misa en la tarde o en la noche, la más tarde era a las ocho de la mañana, a las nueve, y le decían la misa parroquial, no volvía a haber misas hasta el siguiente día. Y los papás no se oponían a que uno fuera a la plaza, luego uno se hace mañocito; a nosotros mi papá no nos dejaba ir, porque había que cuidar a mis hermanos, le decíamos: —Papá, ¿nos deja ir al jardín? No, no nos dejaba. Mis hermanas estaban grandecitas, y ahí nos quedábamos muy tranquilas. Cuando los niños crecieron, ya que estaban larguitos, sí le decíamos: —Papá, vamos al jardín. —Llévense a sus hermanos. Entonces hacía que nos los lleváramos para que nuestros hermanos nos cuidaran ¿verdad? Y así, sí nos dejaba ir. —A tales horas están aquí. Todo mundo acudía a su casa a las horas que nos fijaban. Todas las muchachas, los muchachos, los que tenían permiso de llegar a las diez de la noche, a las diez llegaban corriendo, pero llegaban. También todos los jóvenes eran muy obedientes.

El reloj público de Zapopan era muy buen reloj; mm... se oía; no, ahora ni se oye. Ya lo cambiaron, no es el mismo que había antes. El otro tenía una campana muy fuerte que en la noche se oía retebién, a cualquier hora, hasta te despertaba. Uno despertaba, oía y uno se daba cuenta de la hora.

Para la serenata, todos los domingos iba a tocar la música

de Ocotán. Y entonces el kiosco estaba muy bonito. También había una música de tambora y ipum pum! puros tamborazos que daban, ¡ay!, pero a uno le encanta todo eso. Andábamos en el jardín con Amelia Orozco, hija de Rafael Orozco, y traía su rebozo, luego para decirle que ya nos íbamos, nomás al pasar yo le hacía una señal con el rebozo como que si espantara moscas o algo así, era la señal de que ya nos íbamos a ir. Todas iban con rebozos; se usaban de distintos colores, yo tenía uno que le decían “el mazón”, era de un cuadrito chiquito, de seda, negro y rojo, se veía muy bonito, bueno a nosotros nos gustaba. ¡Ay qué bonitos rebozos usábamos entonces! A otros le decían rebozos de Santa María, también eran unos pintitos muy bonitos, yo tengo uno todavía de entonces. Los comprábamos en Guadalajara, porque en Zapopan casi no había tiendas, así grandes no.

Una de las tiendas que había en Zapopan era la de Luis Morales, me acuerdo que mi mamá me decía: —Como no me gustan esas bromas de Luis, (quien decía: —cuídame a esas güeritas porque esas van a ser para mis hijos.). ¡Ay!, no me vaya a castigar Dios, a mí no me gustan los hijos de Luis para mis hijas. Y vaya que uno me dio mucha guerra, y nunca amisté con él, porque yo me acordaba que mi mamá nos faltaba, y tenía que cuidar a los niños, pues eran míos, a mí me los había dejado. Y luego si mi papá se casaba, y los niños a sufrir, yo decía: ¡ah no!, que se casen mis hermanos.

Y para saber cuándo nos pretendían, pues... mm... retabién; yo tuve un pretendiente que le decíamos “El Jilguero”, que también me dio mucha guerra. Diario me silbaba una canción, “Julia”, y ahí estaba en la esquina “El Jilguero”, a silbe y silbe. Pero de veras, qué bien que se fija uno; tontito, tontito, bien que se fija uno en todo. Pero yo por mis niños y por mi papá dejaba todo, dije: no, yo no me caso.

Los papás se preocupaban por la familia, veían que alguien andaba siguiendo a sus hijas, y luego se informaban qué clase de personas eran. Como a mí el que me dio también mucha guerra,

fue al único que le hice caso, y nomás, pero no me entró, que luego decía mi mamá: —¡Ay!, no me gustan esas bromas, no me vaya a castigar Dios. Se llamaba José. A mi diario me perseguían los José. No, si hubiera sido loquita in'hombre! no había estado nunca desocupada, tuve más de quince pretendientes. Tuve licenciados, maestros, mecánicos, agricultores, de todo, ninguno me entró.

Y también, cuando a uno lo andan pretendiendo, si bien que echa de verse. Aunque no nos hablaran directamente, No, y qué esperanzas que alguien se te parara en la calle; escribían, ya la carta llegaba por correo, o con algún chiquillo que estaba por ahí. Veían que andaba uno por ahí, y luego lo mandaban: oiga, aquí le manda aquel señor esto. Era cómo se comunicaban. No, y los papás eran muy listos, yo me acuerdo que Alfonso Orozco decía, cuando le llevaban algún chisme: agradezco el chisme pero aborrezco al chismoso. Sí, así les contestaba, ja, ja, ja. Porque a María Inés Orozco, cuando algunas veces, en el tranvía la acompañaba alguno de sus pretendientes, iban y le decían a su papá: —¡Oye!, ¡oye! Alfonso, mira, fulanita esto. Decía: —Agradezco el chisme, pero aborrezco al chismoso, ja, ja, ja.



XI

MI TÍA EVA BRISEÑO OROZCO ERA LA QUE RECETABA, porque en Zapopan no había hospitales, no había, pues nada. Los médicos que iban, como Gabriel Orozco, llegaban cada ocho días a recetar a los enfermos que vivían en Zapopan, así que mi tía Eva le recetaba a la gente lo que ella oía o aprendía con los médicos. Si había enfermos, los llevaban hasta Guadalajara, en burro o a caballo; había un cochecito el más catrín, en el que la gente de más centavos iba a Guadalajara. Así que no había manera de comunicarse, el señor José Garibi Rivera se iba en burro allá a Zapopan de vacaciones con unos parientes que tenía y que vivían donde ahora están las monjitas, en la cuadra del manicomio.

Después cuando se niveló el transporte empezaron a ir más médicos. Hubo el tranvillita, primero de mulitas, y después eléctricos. No, luego ya todo se mejoró, fue mejor.

También mi tía Libradita Orozco curaba el “no me toques”, que es ahora el cáncer, o las llagas cancerosas, entonces le decían el “no me toques”. Ella curó a mi abuelito que tenía un lunar y se le empezó a hacer canceroso. Lo curó con varita de membrillo quemada, pero a la cenicienta no sé que le pondría, el caso es que con eso curaba el cáncer, o se aliviaban. Luego ya mucha gente empezó a ir con mi tía Libradita, a que la curaran. A la criada del cura

Castellanos, que también tenía un lunar en la cara, ella se lo curó y les cicatrizaba muy bien.

Otra vez estaba Carmen mi hermana, tendría como cinco años, chiquilla, y andaba con un vestidito sin manga, y mi papá dijo: —¿Quién me trae una panocha? Carmen agarró la vela, y traía un baberito que tenía un holancito, ise le prendió el baberito! Mi papá aventó una silla, corrió con una cobija y la abrazó para apagarla. Se hizo una quemadura que le fue creciendo, aunque diario, diario iba un médico, Miguel Padilla, de Guadalajara a Zapopan a curarla, tenía aquello que ya casi se le veía el huesito, y peor cada día. Cuando las monjitas fueron, le dijo mi tía Libradita: —¿Qué tienes, niña? Diario los chiquillos platican toda la relación. —No, pues fíjese que mi papá pidió esto y aquello, toda la relación. —Eres nieta de mi compadre Francisco, a ver, ven te voy a curar. ¡Ay!, la criatura lloró hasta que ya no pudo. Mi tía le dijo: —Dile a tu mamá que si no te cura así, no te vas a aliviar. Entonces le puso alcohol. —Y que te siga curando con lo mismo, para las quemadas el alcohol, y si no, no te alivias. Ya llegó llorosa, y hasta le dio unas naranjitas chiquitas para contentarla. Ya mi mamá la siguió curando, tanto que le quedó su brazo parejo, no le quedó ni cicatriz, quedó muy bien y ya mi tía Libradita fue la que la curó.

Para el piquete de alacrán te daban Santa María cocida, y cositas así, que no tenían gran chiste. También daban algo de camarón, y con eso se aliviaban. Hubo gente que sí se moría del piquete de alacrán, a Guadalupe Jiménez uno le picó en una vena, y sí, ya se moría, siempre se lo llevaron al hospital. Salvador Díaz les dijo que comieran algo dulce, azúcar o miel de colmena y con eso se les quitaba.

Las enfermedades más comunes que había eran los piquetes de alacrán, pulmonía, se oía decir: que fulanita está muy mala de esto; a la pulmonía le decían “dolor de costado”. Ahora ya saben de dónde viene el dolor ese. Todo era distinto, me acuerdo que la gente, en donde tenían el dolor, así le decían, inventaban.



XII

LOS TEMBLORES FUERON EN 1912, el día 8 de mayo fue el primer temblor. ¡Qué cosa tan fea!, ese día casi se acostaban las paredes, una cosa horrible. Entonces nos fuimos una temporadita al rancho de mi abuelito, Toño mi hermano estaba recién nacido, y el doctor Gabriel Orozco no quiso que a mi mamá la sacaran de la casa; mi papá nos hizo un tejadito para que durmiéramos allá, y él se quedaba con mi mamá. También se fue la familia de Miguel Carrillo. Muchas personas se salieron de ahí de Zapopan, de sus casas, porque era peligroso.

El rancho de mi abuelito se llamaba primero San Francisco, después le pusieron Los Olivos, pero donde ahora está Miguel Martínez, eso era lo de mi abuelito. Y allá nos íbamos a vacaciones, o cuando los temblores que duramos mucho tiempo en el rancho, entonces nos hicieron una casa de campaña ahí en la Era, le decían, un terreno grandotote donde desgranaban el frijol. Hacían las pilas, regaban todo el frijol, y a fuerza de caballos, a vuelta y vuelta, a puro pisoteo del caballo era como desgranaban el frijol, ya después levantaban todo el tlazole, le decían, y lo venteaban, lo limpiaban. Así era como trabajaban antes, trabajaban muchísimo todo eso, mientras tanto nosotras subidas en la paredcita viendo los caballos

a vuelta y vuelta, ja, ja, ja, divirtiéndonos, era muy bonito. Ese tiempo fue cuando los temblores.

Ahí en ese corral hacían las tiendas de campaña de lámina, de hoja de lata y madera, y a uno lo acomodaban en esas campañitas. Mucho tiempo duramos así, pues todo el año fue de temblores, in'hombre!, y eran cada ratito, ¡ay!, que tú sentías que hasta te ibas... que te ibas a caer. Las torres de la Basílica de Zapopan casi se le venían a uno encima, lo mismo que las paredes, una cosa muy fea, fue el año de los temblores en 1912.

Unas gentes corrían y se hincaban a media calle pidiendo misericordia, ¡ah no!, pero se oía retefeo, en esos temblores cada quien rezaba lo que podía: —¡Ay Jesús mío, misericordia!, era lo que decían, otros se ponían en cruz, otros lloraban, otros se asustaban; también desde entonces una torre de la Basílica está tantito desviada, la del lado derecho, eso desde los temblores, y ¡no! era una cosa horrible, no podías tú pisar, se te iban los pies, pues ibas como en carretilla o en algo así.

Y la gente corría: —¡No corran, no corran! porque se abre la tierra, ¡no corran!, decían, ¡no corran, porque se abre la tierra! En algunas partes se abrió y se volvió a cerrar y quedaron gentes sepultadas y gritaban: ¡no corran! ¡no corran!, así es que pues a uno lo asustaban más, y uno que no comprende bien las cosas todavía, más se asustaba. Luego lo que platicaban: —¡Ay!, que pasó esto y que pasó aquello, pues más se asustaba uno, sin ver, ni saber, nomás lo que le contaban. Una temporadita hasta estuvieron cerradas las escuelas.

Entonces se hizo una abra ahí por La Tuzanía, y creo después ha seguido. Pues desde los temblores se empezó a abrir esa abra, así le decían. Y para allá también había un vallado muy feo por el que tenían que pasar, era muy peligroso.



XIII

CUANDO LA REVOLUCIÓN, YA NO HUBO NI ESCUELAS, ni nada, porque... pues sí, que ¡córranle!, ¡váyanse!, ¡ahí vienen! y ¡ahí vienen!, que ya está un tiroteo en La Tuzanía. En mero Zapopan no hubo tiroteos, el último que hubo fue en La Tuzanía, se oían los cañonazos, se alcanzaba a oír tata, tata... Toda la noche se tirotearon, entonces mi abuelito se había llevado a Toñito mi hermano, el chiquito que me quedó, tenía como año y medio más o menos: —Dame a mi hijo para llevármelo. Le daba ropita y se lo llevaba al rancho. Y esa noche, por el tiroteo, la pasó en un vallado con el niño en los brazos.

Entonces había villistas, y carrancistas, y a otro día, serían como las diez de la mañana, cuando los carrancistas entraron a Zapopan, llegaron mugrosos, asquerosos, negros, quemados de la pólvora, llevaban a un soldado herido con las tripas de fuera, pero iba muy mal el pobre cristiano. Y ahí vamos de noveleras. Y que un soldado cala el caballo, así con la bola de muchachas que estábamos en la esquina, ¡ay! nos asustaron, corrimos y nos metimos. Pasaron por ahí, en mero Zapopan, se metieron y sacaron maíz de El Vigía, de las tiendas, de donde pudieron, y luego a tirarlo en las banquetas para darle de comer a la caballada, porque traían a los animales

también sin comer. Y ahí se quedaron, no me acuerdo cuánto tiempo, pero sí estuvieron ahí en Zapopan.

Luego también venían buscando a las autoridades de Zapopan. Entonces mi papá ya era tesorero y lo buscaban como qué, porque querían el dinero de la Tesorería, pero todos los que entraban llegaban a la Tesorería a querer recoger el dinero: ¿De dónde?, les decía mi papá. Y de veras, pues no se juntaba gran cosa, entonces en Zapopan no había degüellos, no había gran cosa. Decía mi papá: —Miren, aquí están los libros, no hay dinero. —¡No, ¿qué le hicieron? —Bueno, pues cada uno de los que entran, vienen a recoger dinero, ¿de dónde se les va a dar tanto dinero? Unos se enojaban y otros no; pero luego luego los que entraban querían recoger dinero, villistas, carrancistas, entraban de quién sabe cuántas clases... Y ya cuando los recogieron, también se fueron acomodando ellos. Todo fue cambiando y se fue poniendo todo en orden.



XIV

AL PRINCIPIO EN LA BASÍLICA NO HABÍA NI CATECISMO, ni nada, ya cuando estuvo el padre Cisneros empezó a haber catecismo, pero eso ya fue últimamente, antes nomás el puro culto de la Tercera Orden. Entonces los párrocos y frailes estaban peleados, porque mucha gente se iba con la Tercera Orden. Había unos párrocos exigentes, que en la parroquia no confesaban a la gente que iba a la Basílica. En la parroquia sí había catecismo, pero nosotros íbamos al Sagrado Corazón, acá con mi tía Libradita, las monjitas fueron quienes lo empezaron a dar.

Luego una vez, a toda la bola de muchachas se nos ocurrió ir a los ejercicios de encierro a San Pedro, porque allá estaba la madre Rosa Orozco Venegas, le decían la madre Rosita, y también otra hermana que se llamaba Dolores. Ahí fuimos toda la bola de muchachas y hasta eso éramos muy unidas, y a todas las de Zapopan nos ponía en una mesa.

La madre Rosita Orozco fue la fundadora y superiora de San Camilo, y me acuerdo de ella, de cuando fuimos a esos ejercicios de encierro, y nos decía: —Muchachitas, a todas nos decía muchachitas, esto o aquello. Y la hermana, María Dolores, nos hacía nuestros gustos, le hacíamos ver su suerte, porque luego se nos ocurría y llevábamos lo que se nos antojaba, llevábamos choco-

late: —¿Nos hace chocolate? —Sí, cómo no. Iba a la cocina, y nos lo hacía. Muy en ejercicios espirituales, pero nos daba gusto, lo que sea, nos cumplimentó mucho.

Ahí estuvimos los ocho días de ejercicios, hasta expulsaron a unas muchachas muy locas, que se salían a las ventanas con los novios, y no hacían caso de nada. Por eso también me acuerdo. La madre Rosita expulsó a esas muchachas porque no las soportó, era muy recta, de mucha oración. Las muchachas de Zapopan una vez nada más fuimos a ejercicios de encierro para señoritas, y muy agusto todo el grupito de las de Zapopan.

En la Basílica, Mariquita Rubio empezó un coro, entró un cantor, medio muchachón, y pues había muchachas... y un día Mariquita no iba y me dijo: —Mira, tengo junta, ven para que cuides a las cantoras. Entonces cuando llegué, Luz Ramírez me dijo: —¿Y usted qué, viene a cantar o qué? —Vengo a cuidarlas, me mandó Mariquita a que las cuidara. Ja, ja, ja. Ya no le pareció ¿verdad?, porque ese muchacho acababa de entrar de cantor a la Basílica, y pues les llamaba la atención, y en el coro había muchas muchachas, lo componían diez o doce. Marina Delgado siempre fue del coro en la Basílica y tenía voz de segunda.

A las del coro las ensayaban los cantores, y entraban en la misa que las llamaran. Y bueno, el cantor en el coro y ellas abajo, las cantoras no subían, estaban en dirección del coro, así acompañaban. Mucho tiempo el cantor de la Basílica fue Miguel Carrillo, y después el padre Luis de Palacio, ¡ay!, cómo se daba gusto tocando en el órgano, tocaba muy bonito, y también una vocesota que tenía. Él decía: —Las personas que no saben cantar, no canten, porque desentonan a las demás. Ja, ja, ja. Pues sí, el padre Palacio era muy francote. Cuando estaba muy cansado se sentaba en una gradita de los ampones, como le decían a los púlpitos de madera que había antes, y murmuraba: —Estoy cansado, y luego se sobaba y se quedaba un ratito así, cansado, porque los franciscanos son muy trabajadores. A media noche se levantaban a rezar oraciones, así es de que casi no dormían. Al principio en la Basílica sí había

mucho franciscano, se fueron cuando ya tuvieron que estarse repartiendo para distintas partes, había nomás uno en la Basílica, así es que ese padre tenía que darse tiempo para todo.

La misa de la Tercera Orden, que hoy es a las siete de la mañana, antes era a las seis. Madrugaba uno a esa misa. La gente muy madrugadora hasta eso, sí iba, y era por los servicios que se tenían, por eso la parroquia tenía poca gente. Había veces que el señor cura Altamirano salía a ver si había gente para empezar la misa, si no, no empezaba. Luego decían: —Mira, sí, ese ya está como el cura Altamirano, si hay gente empieza la misa, si no, no. Acá en la Basílica no pasaba eso, también por la devoción que se tenía a la Santísima Virgen.

XV

LOS PADRES FRANCISCANOS ORGANIZARON LA TERCERA ORDEN, mi tía Alicita Fernández, hermana de mi tío Alberto, fue la primera Tercera que hubo en Zapopan. Se hace el noviciado, es como si se estuviera en un convento, pero en el mundo. Es de un año, si falta un día, el noviciado no es válido. ¿Qué hace uno en ese noviciado?, pues están instruyendo sobre las reglas de la Tercera Orden. Antes cada ocho días uno asistía a las juntas, ahí la presidenta o la principal era la que daba clases, y tenía uno que asistir, te apuntaban las faltas. Si tenías muchas faltas, luego no te daban la profesión, hasta que completaras el tiempo, así fue como los franciscanos la fueron organizando.

A la Tercera Orden entraban las que tenían vocación, porque también el entrar era una vocación, no toda la gente es para estar en ella. Cuando entramos Goya Ramírez, Carmelita su hermana y yo, fuimos al sermón del padre Fernández, ese padre había sido del clero, luego entró con los franciscanos. Tenía una vocecita muy apagadita pero con muy bonito discurso, me acuerdo bien de él, que decía: —Miren, se acuestan, dicen “voy a rezar el rosario”, se acomodan en la cama, se recargan en la almohada, si están rezando, se les cayó el rosario; estaban rezando. Miren, ni duermen ni rezan, mejor acuéstense a dormir, siquiera aprovechen el sueño.

Pues yo le agarré el consejo, así lo hacía, empezaba, metía el rosario y ya me acostaba a dormir tranquila, ¡buena lucha!, mejor dormida que rezando, ¡ay, no!, hasta que me propuse. En la Tercera Orden la obligación que teníamos los Terceros era rezar doce Padresnuestros diario. Otras que querían rezar el Oficio, rezaban el Oficio Parvo, que es el de la Santísima Virgen. En la Tercera Orden no se tenía ninguna acción social.

Todavía estoy en la Tercera Orden, esa no es asociación, es una Orden y nosotros ganábamos las mismas indulgencias que los franciscanos y las monjas clarisas. Todos se ganan lo mismo que gana el sacerdote que dé la Tercera Orden. Porque San Francisco que platicaba con Nuestro Señor, ¿verdad? Cuando él empezó a organizar la Tercera Orden, le dijo: —Señor y ¿qué mérito tienen? Y le contestó: —Mete la mano a tu costado. Metió la mano al costado y sacó un corazón de oro, luego, le dijo: —Eso es lo de los sacerdotes. Luego, lo de las monjas: mete la mano a tu costado. metió la mano, otro igual, y ahora, ¿la Tercera Orden? Dice: —Mete la mano a tu costado. Otra igual, así es de que se gana igual, ganamos igual los Terceros que los sacerdotes y las monjas.

Cuando estábamos en la novena de la Sagrada Familia, que era muy bonita y antes la rezaban con los milagros, supimos que había una persona, no me acuerdo quién era, a quien dizque ahí en la capillita, el diablo jugaba pelota con él, lo aventaba y lo capeaba. Bueno, todo eso, yo lo oí ahí en la Basílica, yo creo que sí tenía algo de cierto ¿verdad?

Como lo del padre “Gomitos”, que así le decían; él tenía la cabeza ladeadita, dizque nunca se acostaba en su cama, así nomás, ahí en las escaleras, en el piso se acostaba, era muy serio. Y bueno, a la vez bromista, porque la infantita que está en la Basílica, era Niño Dios; cuando la Revolución ese Niñito Dios lo tuvimos en la casa. Y un día cuando lo tenía en la sala sentado en una sillita, le dije: —¡Ay, padre!, qué tentación tengo con ese niño. —¿Por qué?, me dijo, y se mordió los labios. Le contesté: —Mire padre, parece que está como una gente güera asoleada, hasta colorado, colorado,

y otras veces se ve pálido, así natural. Se mordió los labios y dijo: —Sí, es cierto, cambia de color, cuídemelo mucho.

Después el padre "Gomitos", llegó y me dice: —¿Se acuerda del Niño Dios que había en la Basílica? —Sí padre, ¿qué pasó? Dice: —Se hizo niña. —¡Cómo! ¿se hizo niña? Entonces me dice: —¡Ay!, estaba tan bonito, que mire le quitamos el chinito, le hicimos un partidito y es la infantita que está ahora. De ese niño, todo eso yo lo sé, y hasta lo de la Basílica también, porque lo oía de los mismos padres.

Antes no había ninguna guardia, ya después sí la organizaron para cuidar el templo, porque muy allá, abrían la iglesia a la seis de la mañana, pero también estaba sola la iglesia, y por la entrada que está por el lado del corredor empezaron a robarse muchas cosas de la Basílica. ¡N'hombre! ahí había una escalera grandononona que tenía ruedas, y cuando había alguna fiesta, en esa subían a prender los candiles, porque antes lo que tenían eran velas. Esa escalera con rueditas, la iban arrastrando y la acomodaban hasta donde estaba el candil para prender todas las velas. Todavía están los candiles esos. Para el Jueves Santo que prendían todo aquello, se veía bonito, y luego ponían naranjas con papelitos plateados, pegados a un lado alrededor del coro, se veían en la orillita, era con lo que adornaban entonces, y a uno le encantaba. Después, cuando ya quitaban las composturas, repartían las naranjas entre los chicos o la gente del pueblo que iba a pedir las, y se las daban.

Las composturas se ponían en el pueblo nomás para las fiestas patrias y las de la Virgen. Antes la Virgen no venía a Guadalajara. Pero entonces pensaron llevar a la Virgen en tiempos de aguas, porque Guadalajara se inundaba cada ratito. Ya pasan las aguas y ya se la llevan de regreso a su casa. Hasta nos platicaban que una vez dijeron que la Virgen estaba en un muladar, que Zapopan era un muladar, que la Virgen no tenía ni culto; y quién sabe qué más. Y no la quisieron llevar de regreso, ya no la iban a llevar a Zapopan. Y dicen que estaban en la hora de la comida, cuando todas las campanas empezaron a tocar: —¿Qué pasó?, dijo el padre,

¿qué pasa? ¿por qué es esto? Y fueron a ver de qué se trataba. Encontraron a la Virgen acomodada en su lugar: se les fue. Por eso a fuerzas tienen que llevarla de regreso a Zapopan, porque estando en Guadalajara, ella quiere a sus franciscanos. Entonces ya cesaron las inundaciones llevando a la Virgen en tiempos de aguas.

Antes la regresaban el día dos de octubre, para el día cuatro ya la Virgen estaba en Zapopan. En una venida solemne, como mi papá trabajaba en la Presidencia, allá se subían a verla pasar y estaba con don Miguel Bea, que era medio fanático, y pues no creía muy bien en lo de la iglesia, y era tartamudo: —¿Qué ee, qué ee, qué, don Antonio?, le decía a mi papá. —¿Qué, qué don Antonio, quée, quée, sabe o qué se siente cuando pasa, cuando pasa la Virgen? Ya después, una de las Bea que dijo: —Mi papá siempre sintió. Y sí, de veras se siente una cosa rara, y es mucha la emoción que sentía la gente. Yo digo: —La Virgen cambia de color, yo la he visto chapeteada y la he visto pálida, de distintos colores, porque sí cambia. Y también cuando están las visitas en Guadalajara, a veces se le ve la mirada triste y a veces sale sonriente, seguro cuando ve que la gente no está peor. El semblante triste se le ve en la mirada; bueno, uno se lo nota porque está acostumbrado a verla, que la conoce de todo el tiempo. Mucha gente sabe cómo es que la Señora se cambia, a la hora o cuando ella quiere.



Epílogo

Así pasa uno mucho tiempo, estaba pensando, antes yo no estoy biliosa, con tanta cosa que me ha sucedido, que me ha tocado ver y sentir. Como les digo a unos: —Miren, no tienen la experiencia que tengo, yo le cogí dos años al siglo pasado, yo soy del siglo pasado. ¿Creen ustedes que no me he dado cuenta en todo ese tiempo hasta llegar a noventa y cinco años? pues a fuerza tengo que darme cuenta, y tengo más experiencia que ustedes. He visto mucho, he oído, y todavía me acuerdo, ja, ja, y hasta tengo buena memoria. Bendito sea Dios que hasta ahorita no he perdido la razón, todo me ha concedido. De los sentidos, la vista me falla, pero, yo lo comprendo, pues es natural.



Índice onomástico-geográfico

A

Álvarez, Josefina: 36
Álvarez, Manuel: 36
Álvarez, Reyes [Reyitos]: 36
Ancha, calle: 27
Arreola, Luisa: 42
Atemajac [estación]: 31
Ávila Camacho, Manuel [general]: 34

B

La Barca: 44
Basílica de Zapopan: 52
Bea, Miguel: 62
Los Belenes [rancho]: 16
Briseño [familia, rancho]: 17
Briseño, Eva: 11, 15, 41
Briseño, Guadalupe: 41
Briseño, María del Refugio [Cuca]: 11

C

La Campana [arroyo]: 17, 23
Carrillo, Beatriz: 23
Carrillo, Jesús: 23
Carrillo, Miguel: 41, 51, 56
Castañeda [familia]: 18
Castellanos, Juan [cura]: 37, 50
Clarisas [orden]: 60
Los Colomos: 17, 29, 32
Crespo Morales, María Isabel: 37
Crespo, Cleotilde: 37
Cuevas, José María [Chemita, Chema]: 27
Curva, de la [calle]: 17, 25

D

Delgado, Gorgonio: 17, 20
Delgado, Marina: 18, 56
16 de Septiembre [calle]: 15, 25
Díaz, Ignacio: 35
Díaz, Julián: 21
Díaz, Paz [Pachita]: 35
Díaz, Salvador: 50

F

Fernández [familia]: 12, 16
Fernández, Alberto: 59
Fernández, Alicia [Alicita]: 59
Fernández, Elodia: 29
Fernández, Elvira: 43
Fernández, María Luisa: 14, 29, 40

Franciscanos [orden]: 27, 56, 59, 60, 62

G

Galván, Concepción: 27

García [familia]: 16

García, Concepción [Concha]: 43

García, Juan de Dios: 44

García Orozco, María del Refugio: 11

Garibaldi [calle]: 12

Garibi Rivera, José [Arzobispo]: 49

González [familia]: 26

González, Francisco "El Sereno": 26

González, Guadalupe [Lupe]: 26

González, Trinidad [Trini]: 26

Guadalajara: 12, 14, 15, 18, 24, 31, 37, 47, 61, 62

Guízar Valencia [familia]: 14

H

Hernández, Macario: 31, 33, 34

La Huaracha [barrio]: 17, 18, 24, 34

J

Jiménez, Guadalupe: 50

L

López, Elena: 31

López, Encarnación [Chon]: 30

M

Martínez, Miguel: 51
Medina Ascencio, Francisco [licenciado Medina,
Pancho Medina]: 24
Mercado Alcalde: 12
México, ciudad de: 19
Mina [calle]: 17
Montoya, Elena: 37
Morales [familia]: 16, 35, 39
Morales, Conrado: 35
Morales, Elena: 39
Morales, Luis: 47
Morelos [calle]: 32

O

Ocotán [pueblo]: 47
Los Olivos [rancho]: 51
Orozco [familia]: 15, 25
Orozco, Abel: 33, 35
Orozco, Adolfo: 14
Orozco, Amelia: 47
Orozco, Aurora: 37
Orozco, Carlos: 15
Orozco, Carmen: 27
Orozco, Daniel: 38
Orozco, Elena: 35, 40
Orozco, Francisco [Pancho Fibrichis]: 38
Orozco, Gabriel [Gabriel, Gabrielón, doctor Gabriel]: 49, 51
Orozco, Germán: 27
Orozco, Gonzalo: 16
Orozco, Jesús: 15

Orozco, Jesús Longinos: 15
Orozco, José Victoriano: 33
Orozco, Librada [Libradita]: 37
Orozco, Leopoldo: 38
Orozco, María Inés: 48
Orozco, Matiana: 37
Orozco, Miguel: 16
Orozco, Rafael: 18, 40
Orozco, Rafaela [Rafaelita]: 18
Orozco, Teresa Margarita: 37
Orozco, Vicente: 38
Orozco García, Ana [Anita]: 11, 29, 39, 40
Orozco García, Antonio [Toño]: 19, 51
Orozco García, Carmen: 37, 50
Orozco García, Ignacio [Nacho]: 14, 19
Orozco García, María de Jesús: 14
Orozco Morales, Antonio [don Antonio]: 11, 27
Orozco y Orozco, Roberto: 12
Orozco Padilla, Enrique: 27
Orozco Padilla, Refugio [Cuca]: 27
Orozco Santa Cruz, Isidro: 37
Orozco Venegas, Alfonso: 23, 48
Orozco Venegas, Rosa: 55

P

Padilla, Miguel: 50
Palacio, fray Luis de: 56
Pino Suárez, [calle, llamada también Romero, Tepeyac]: 12, 17, 25
Plascencia, Ignacio [obispo]: 18
Presidencia Municipal de Zapopan: 31-33, 62
El Profundo: 23

Q

Quirarte [familia]: 30

Quirarte, Diego: 30

R

Ramírez, Carmen [Carmelita]: 59

Ramírez, Gregoria [Goya]: 59

Ramírez, Leonor: 27

Ramírez, Luz: 56

El Refugio [Templo de]: 36, 37

Los Rieles, [calle]: 31

Rodríguez [familia]: 27

Rodríguez, Agustina: 27

Rodríguez, Josefina: 27

Rubio, Antonia [Toñita]: 35

Rubio, María [Mariquita]: 56

S

Sagrado Corazón [colegio]: 36; [templo]: 36, 37, 55

San Antonio [rancho]: 29

San Camilo [sanatorio]: 16, 55

San Francisco [rancho]: 51

San Ignacio Cerro Gordo [Arandas]: 11, 12

San Pedro [parroquia]: 55

Soto, Esther: 27

T

Tepeyac [calle]: 17

Tesistán [pueblo]: 24, 25, 29, 30

La Tuzanía [rancho]: 17, 52, 53

V

Vázquez, Isabel [Chabelo]: 19, 40

Velarde [familia]: 25

Venegas [familia]: 16, 36

Venegas, Refugio [Cuca]: 16

El Vergel [rancho]: 16

El Vigía [rancho]: 16, 23, 24, 37, 53

Z

Zacatecas [estado]: 34

Zapopan: [pueblo]: 34, 11, 12, 15, 18, 34, 40, 52, 53, 61; [distribución urbana]: 18, 35, 39, 43; [familias de]: 30, 35, 39, 43; [comercios]: 21, 44, 47; [servicios]: 24, 25, 31, 40, 46, 49, 50; [población]: 18, 24, 26, 29, 34, 49, 51, 55, 56, 61, 62

El Zapote [rancho]: 29

Zoquipan [pueblo]: 32

*Testimonio zapopano, de
Julia Orozco García*
se terminó de imprimir en octubre de 1994
en los talleres de Gráfica Nueva,
Guadalajara, Jalisco.
Coordinación: *Ediciones de la Noche*
Tiro: 1 000 ejemplares

Esta es la memoria de Julia Orozco García, quien nos brinda una narración sin cortapisas, en todo momento clara, fresca y llena de detalles que revelan con asombrosa fidelidad los recuerdos de familia, los lugares, sus valores y el papel que desempeñó la mujer zapopana en las primeras décadas del presente siglo.

En su charla, rememora a las personas que tiempo atrás fueron protagonistas en el devenir de la villa de Zapopan, más de alguna de la generación de la "orozcada", a la cual pertenece la propia Julia.

El Colegio de Jalisco continúa con las labores de recopilación de los *testimonios* que, además de recuperar parte de nuestra memoria colectiva, coadyuvan a su rescate y preservación para las futuras generaciones de zapopanos y jaliscienses, tarea que sería imposible sin el concurso del Ayuntamiento de Zapopan.